

Eduardo Lizalde

Encuentro con el tigre

Gerardo Laveaga

La reciente concesión del Premio Federico García Lorca a Eduardo Lizalde da pie al novelista y abogado Gerardo Laveaga para esbozar el recuerdo del tiempo en que, siendo un joven estudiante de derecho, trabajó como secretario particular del poeta mexicano quien, próximo a cumplir 85 años, se erige como una de las voces más notables de la lírica actual en castellano.

La Escuela Libre de Derecho es famosa por el rigor de sus exámenes finales. Estos son orales y, en ciertas circunstancias, reprobarnos significa la expulsión de la Escuela. Tal era la razón por la que, año con año, solicitaba en mi trabajo una licencia sin goce de sueldo: necesitaba tiempo para estudiar. Quinto año no fue la excepción. Pero apenas habían transcurrido tres días de mi licencia, cuando leí en el periódico que Eduardo Lizalde acababa de ser designado Director General de Publicación y Medios de la SEP.

Un par de veces había saludado al poeta y, seguramente, él no me recordaba. Pero por mi cabeza pasó la idea de irme a trabajar con él. Su poesía me deslumbraba desde que yo era un adolescente y, por aquella época, algunos de sus versos se adecuaban a mi vida con inquietante precisión:

Uno se dice:

¿Qué mujer no se vería orgullosa
de provocar estos poemas?

Como no sea aquella
para la que fueron, por desgracia,
escritos.

Sin pensarlo mucho, me anudé una corbata y me presenté en su oficina, ubicada en Avenida Revolución 1877, en la Ciudad de México. “¿Se acuerda usted de mí?”, le pregunté tímido en cuanto me recibió. “Por supuesto”, mintió. Le regalé un ejemplar de la novela que acababa de publicar y le mencioné cuánto me entusiasmaba su poesía.

Luego arremetí: ¿tenía ya secretario particular? “No”. Le rogué que me considerara para el puesto. “Es suyo”, dijo con voz estentórea. “Y comienza usted a trabajar en este instante”. Me instruyó para que recibiera a las personas que irían a visitarlo durante la tarde, pues él tenía una cita con el secretario González Avelar. Dicho lo anterior, se echó el saco sobre los hombros y desapareció.

Así inició mi relación con uno de los hombres que más han influido en mi vida. No sólo pienso en literatura, sino en música, pintura, cine, vinos... De repente, a mis 23 años, tenía que atender a Carlos Monsiváis, a Carlos Montemayor, a Juan José Arreola o a Héctor Azar, que solían darse vueltas por la oficina para ver cómo iban sus libros en las colecciones de la SEP.

Mi anterior jefe debió de pensar que aquello de la licencia había sido una engañifa. Yo, por mi parte, tuve



Eduardo Lizalde

que aprovechar los pocos minutos que mi nuevo trabajo me dejaba libre para estudiar derecho fiscal e internacional privado. Pero habría sido una locura desaprovechar la oportunidad.

Al principio, el estilo de Lizalde me amedrentó. Solía perder los estribos con facilidad y asegurarse de que todos se enteraran de su enojo: “¡No dan una!”, resoplaba. Alguien llegó a decirme que era un neurótico; que no lo aguantaría más de 15 días. Pero aquella no era sino una careta para disimular su bonhomía y generosidad, de la que fui testigo en innumerables ocasiones.

Concluí que sus rabietas tenían mucho de pose cuando, en una ocasión, me ordenó despedir a un subordinado a raíz de una nimiedad. No cumplí la instrucción, desde luego. Cuando, al día siguiente, me pidió que revisara un asunto con ese subdirector, le dije que, de acuerdo con sus instrucciones, lo había despedido. Lizalde palideció: “No me diga...”. Aclaré de inmediato que aún no lo hacía. Él soltó el aire por boca. “No lo haga; no vaya a hacerlo”, rectificó. Luego, para no parecer débil, añadió: “Pero, eso sí, póngalo pinto”.

Le costaba un trabajo enorme asistir a compromisos laborales o personales. Siempre hallaba pretexto para no hacerlo: “Escogieron el peor día, la peor hora y el peor lugar”, refunfuñaba. Cuando uno de sus subalternos le envió una invitación a su boda, él la observó burlón. “Discúlpeme por favor”. Yo abagué por mi compañero: “¿Por qué no va, aunque sea un rato, maestro? Él es uno de sus colaboradores más eficientes”. Me mostró entonces la tarjeta en la que dos pichones sostenían un

corazón. “Por cursi”, sentenció. Cuando, otra vez, alguien me pidió que le extendiera una invitación a comer para agradecerle que hubiera aceptado ser jurado de cierto premio, él me confió que la mejor forma en que podían expresarle su gratitud era no invitarlo a ningún lado.

Pude tener desencuentros con él a la hora de resolver algunos problemas que encarábamos a diario con los pagos de regalías a los autores de *Lecturas Mexicanas*, *Cien de México* o *Cien del Mundo*, con el *Correo del Libro* —el actual *Educual*— o con la Unidad de Televisión Educativa Cultural, hoy Canal 22. Llegué a molestarme con él por la gentileza con la que trataba a algunos autores que, desde mi punto de vista, eran unos oportunistas. Pude llegar a disentir, abiertamente, cuando por razones de mero procedimiento llegó a negársele el certificado de locutor a una célebre actriz. Pero, ¿cómo reprocharle algo a quien era capaz de escribir: “Las nalgas de una hembra bien construida son la obra capital de la naturaleza”?

Dotado de escasa sensibilidad política, la cual compensaba con su intuición administrativa y una notable destreza para delegar —que, aunque se diga fácil, hoy puedo confirmar que es un arte—, Lizalde me hizo sentir de cerca la desilusión que le había embargado como antiguo “espartaquista” y pulió mi espíritu crítico. “Esto del comunismo fue un fracaso... un fracaso”, repetía.

Muchas veces llegué a preguntarme por qué un hombre tan sano, tan vital, un *bon vivant*, podía ser, al mismo tiempo, un maestro del sarcasmo y lograr poemas tan amargos. Los de *El tigre en la casa*, por ejemplo. Ahí, el

gigantesco felino “desgarra por dentro al que lo mira” y, en *Caza mayor*, ofendido por “liebres carroñeras”, acaba aniquilado.

Otros de sus versos, en cambio, daban en el blanco con precisión horaciana:

Sin la belleza
no existiría el infierno.

O, mejor aun:

La luz no muere sola
arrastra en su desastre, todo lo que ilumina.
Así el amor.

Pero habría que recurrir a otras fuentes para descifrarlo. Al cuestionario Proust, por ejemplo, que respondió en 2004: “¿Cree usted en la inspiración o en el trabajo?”. “Creo que los textos literarios excelsos son accidentes de la historia”, afirma. “¿Qué utilidad tiene la poesía?”. “Ya se sabe”, sostiene: “ninguna”. “¿Cuánto le lleva escribir un poema?”. “Entre diez minutos y cinco años”, revela.

Su ironía y desencanto me parecieron, siempre, un afinado producto de su inteligencia: a lo más, ejercicios lúdicos. No así la sensualidad de sus versos. Esta es desbordante, incontrolable... Así lo entendieron quienes le otorgaron, en 1988, el Premio Nacional de Ciencias y Artes y quienes le han concedido otros muchos galardones. Así lo han entendido sus críticos, como Marco Antonio Campos y Roberto Vallarino, cuyos textos son imprescindibles para entender a Lizalde. Así lo hemos entendido sus numerosísimos lectores y admiradores.

Ahora que el príncipe de Asturias acaba de entregarle el Premio Federico García Lorca, he evocado, de modo inevitable, el tiempo que trabajamos juntos. Desde entonces, cierto, he tenido otros encargos de mayor relevancia. Pero el que me ofreció Eduardo Lizalde en 1986 ha sido el más entrañable de ellos. Quizá porque fue el primero en que tuve responsabilidades significativas. Quizá porque me permitió vislumbrar la política cultural del Estado mexicano cara a cara. Quizá porque haber trabajado con quien, hoy por hoy, es el más grande poeta vivo de México, sigue significando una de las mejores experiencias de mi vida... y una distinción mayúscula. **u**

